

Vejez y sabiduría

JOSÉ SEGOVIA PÉREZ

Madrid, 2013

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A

28013 Madrid

Depósito Legal: M-24658-2013

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

VEJEZ Y SABIDURÍA

(CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL AUTOR EN LA UNIVERSIDAD DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA EL DÍA 19 DE SEPTIEMBRE DE 2013)

Varias y grandes son las monstruosidades que se van descubriendo de nuevo cada día en la arriesgada peregrinación de la vida humana. Entre todas, la más portentosa es el estar el Engaño en la entrada del mundo y el Desengaño a la salida, inconveniente tan perjudicial que basta a echar a perder todo el vivir”.

Baltasar Gracián. Crisi V, *El Crítico*.

Al considerar la vejez muchos adoptan un insoportable tono pesimista estéril y frustrante y, sobre todo, inútil e ineficaz. Otros se elevan a una angelical y paradisiaca visión de una vejez madura y productiva exenta de roces y amargas, fundada en un providencialismo que augura un futuro, en otra vida, claro está, en el que están ausentes todas esas penurias e imperfecciones que asuelan con frecuencia nuestras vidas y que hacen pensar que esa providencia, tan sabia y omnipotente, mejor podría haber gastado algo de sus –en teoría– inagotables fuerzas en haber modificado un poco el segundo principio de termodinámica y, en especial, su corolario, la entropía. En cualquier caso, ni el pesimismo brutal ni el optimismo angelical satisfacen a una mente lúcida.

Norberto Bobbio cita a Nicola Chiaromonte para combatir ese optimismo inveterado: *yo creo que hoy por hoy el peor enemigo de la humanidad es el optimismo sea cual sea la forma en que se manifieste; en efecto equivale pura y simplemente a la negativa a pensar por miedo a las conclusiones a las que podríamos llegar*. Insiste Bobbio un poco más adelante en su *De senectute* en que *En nuestra historia literaria hay una larga tradición retórica de tratadillos escritos para ensalzar las virtudes*

y la felicidad de la vejez desde el De senectute de Cicerón; estas obras incluyen junto con la apología de la vejez la desdramatización de la muerte. Cicerón trata el tema con arreglo al módulo clásico del desprecio de la muerte. Los jóvenes también mueren y además ¿por qué preocuparse si el alma sobrevive al cuerpo?

De la vejez no puedo hablar de oídas porque ya la tengo encima. Y cuando hablo de la vejez no puedo evitar hacerlo desde mi propia vivencia de ella. Por eso, vitalmente no me apetece situarme en la amargura realista de Norberto Bobbio ni en el optimismo también realista de Rita Levi-Montalcini (*El as en la manga*, Drakontos, Barcelona, 2011, y *Elogio de la imperfección*, Tusquets, Barcelona, 2013). ¿Por qué el realismo puede ser optimista o pesimista?: si una postura es realista es realista y parece, en principio, imposible adjetivarla de optimista o pesimista; pero es así. Esto nos revela, una vez más, la estéril polémica acerca de la bondad (Rousseau) o maldad (Hobbes) intrínseca de nuestra especie. Con lo que ya desvelo, de paso, cuál va a ser mi posición acerca de la vejez en estas líneas, porque ambos, Bobbio y Levi, tienen razón. Pero también la tiene Bertrand Russell –*La conquista de la felicidad*– con su posición sensata, irónica y, a la vez, estoica.

Cada uno de ellos, o cualquiera de los que se atreva a pontificar sobre la vejez tiene razón, porque ¿en quién pensamos cuando nos imaginamos a un viejo?, ¿en el anciano a quien sus hijos han vuelto a sacar del asilo (residencias de la tercera edad) donde lo habían recluido porque era un estorbo, pero su pensión, hoy, es el único sustento de una familia de parados? Por el contrario, existe el viejo que ha llegado a la atalaya de su jubilación con una pensión digna, una familia en que sus hijos y nietos trabajan y estudian y solo requieren su presencia porque lo necesitan para ver reflejado en él el futuro que quisieran para sí, el futuro de una persona cuyo trabajo no ha sido una humillación cotidiana, una rutina exasperante y empobrecedora, sino la vejez del que tuvo la habilidad y la suerte de convertir su trabajo en *hobby* y su *hobby* en su trabajo y llega ahora al fin de su vida laboral con la cabeza y el corazón llenos y dispone de ocio, de todo el tiempo para sí mismo, porque el tiempo es lo más valioso de que disponemos, al extremo de que, como dice Nietzsche, el hombre que no dispone de al menos un tercio del día para sí mismo, no es un hombre, sino un esclavo.

En los dos supuestos –pesimismo u optimismo– dejo al margen, expresamente, la dosis mayor o menor de tragedia que todos llevamos puesta como fruto entrópico del mero deambular físico de la vida. Pero entre Escila y Caribdis, en caso

de tener que elegir, no me quedo con ninguno de los dos monstruos, porque los dos son un peligro. La vejez no es el paraíso angelical de la llegada a la sabiduría y el equilibrio, venerado el viejo por una sociedad y una familia que le rodean y le rinden tributo por su prudencia y cariño. Tampoco es la carnicería que decía el guionista español Azcona. Es un estar no estando y un no querer queriendo. Es un claroscuro...

Hablar de la vejez no debe ser una teoría, porque no hay ninguna buena, ninguna nos deja satisfechos, ya que para todas ellas hay una refutación empírica inmediata en el tiempo y cercana en el espacio. Hablar de la vejez debe ser una experiencia y, por tanto, próxima y subjetiva.

Hay gente tan reprimida que no se atreve a gozar para no padecer. Sucumbir al placer es también sucumbir al pecado, a esos instintos que anidan en nuestro inconsciente y nos aterrorizan con sus inconfesables y oscuros objetos de deseo y sus peligros y sus desmadres. Pero no dejarse llevar acarrea también la frustración, la amargura, el reproche por la absurda estupidez, además de que los deseos reprimidos (no encauzados y dominados), como toda energía no satisfecha, crean focos perennes de alteraciones psicológicas. De manera que esas personas gozan por no atreverse a gozar pero sufren por no atreverse a gozar. Renuncian al éxtasis del placer y del amor para no sufrir después por la posible insatisfacción o culpa. Paradojas de nuestra condición y de la culpa que nos inocularon por el solo hecho de nacer.

A muchos nos pasó en la infancia y la adolescencia algo parecido, de modo que gracias a algunos momentos de una desconocida lucidez de ignorada procedencia, pero muy de agradecer, la vida se transformó en una denodada lucha por la liberación de todas aquellas cadenas, por la conquista del propio destino, del proyecto vital que uno, en su injustificable inocencia, creía que podía llevar a cabo. Pero dado que ni la política de la dictadura ni la religión estaban en el camino de aquel proyecto, se optó por un camino distinto: la política clandestina y la secularización de la vida. De manera que nos seguimos equivocando pero con plena autonomía.

Si tuviera que definir mi vida, que es la referencia inevitable para cada cual, porque, además, la vejez es la secuela inevitable de la vida que se ha vivido, la dividiría en dos: una primera etapa, hasta los diecisiete años, en que los padres, profesores y todo el que puede se inmiscuye para decidir cuál debe ser tu futuro,

qué te debe gustar, qué debes hacer, a qué placeres tienes que renunciar, qué honorable y correcta profesión debes elegir, etc.; la segunda etapa coincide con lo que decía Kafka: las preguntas que a uno le van brotando de dentro y que llevan inevitablemente a la deconstrucción de esa vida que no era tuya, sino de los demás, y tomar las riendas, en la modesta medida en que eso puede hacerse, para decidir que tus equivocaciones te pertenecen y comenzar a luchar por la conquista de la libertad, de tu libertad, *mi libertad* –dice Moustaki–, *para ir no importa dónde, para llegar hasta el final de los caminos de la fortuna, para coger, en sueños, una rosa de los vientos sobre un rayo de luna*, una libertad sin la cual la vida es una burla sangrienta, porque, como dicen Camus y Habermas, el problema no está en la pobreza, sino en la humillación.

Y en esas estamos, ya en la penúltima vuelta del camino, sintiendo la decrepitud, pero también la liberación de un montón de preocupaciones, con futuro incierto, como todos los futuros, pero con la satisfacción de un pasado pleno. Y como vivir es, sobre todo, recordar, en especial en la vejez, la cuestión de si la vejez es buena no depende de elucubraciones metafísicas, sino de cómo hayas sido capaz de ventilártelas con la aventura de tu vivir, porque a nuestra edad, dice Bobbio, *no ha disminuido la curiosidad de saber pero es cada vez más difícil satisfacerla no sólo por el debilitarse de las energías intelectuales sino también por los ilimitados espacios que la mente humana ha conquistado y sigue conquistando con rapidez vertiginosa en estos últimos 50 años en la esfera de los conocimientos y todavía más en las aplicaciones prácticas derivados de ellos; de esta nueva era una persona de mi edad por mucho que se ponga de puntillas con todos los esfuerzos posibles sólo logra a tisular las primeras sombras*.

Y a la hora de hacer balance descubrimos que la vida es, realistamente, un claroscuro, gris, la suma del blanco y del negro, cuyo resultado, al final, da cero pero hay mucha diferencia entre que el gris sea un gris de inhibición y represión o un gris de haber sumado el éxtasis y la depresión, el placer y el horror, la alegría y la tristeza, el entusiasmo y la decepción, para poder decir al final, con toda pasión, como Neruda: confieso que he vivido. Vegetar en la vida es muy fácil; basta dejarse llevar, como recomendaban los eslóganes oficiales en novelas inolvidables como *Fahrenheit 451*, la novela de Ray Bradbury, *El mundo feliz* de Huxley o *1984* de Orwell; ¡No piense, no lea: diviértase! En cambio, vivir la vida es duro: la vida raspa, la vida mancha, la vida te gasta. Me decía una madre joven e inteligente que en muchas ocasiones le gustaría

no tener ese vicio de leer y pensar, porque pensar lleva a sacar conclusiones y la realidad que vivimos hoy, como la mayor parte de la historia humana no tiene una perspectiva halagüeña; pero nuestro maestro Bertrand Russell ya nos sacó de dudas: la mayor parte de la gente es feliz porque vive al margen de la realidad del mundo y de la vida; solo hay una pequeña minoría que percibe la realidad y por eso vive angustiada porque, en efecto, la angustia es el precio de la lucidez, pero el propio Bertrand Russell decía que no quería ser feliz si para eso tenía que ser imbécil.

Kafka decía que uno lee para poder preguntar, pero el que pregunta corre el riesgo de que le respondan, y la perplejidad o la angustia pueden estar incluidas en las respuestas. En cualquier caso, mientras en la Edad Media el problema era la búsqueda de información, hoy es el contrario: tenemos “toda” la información, pero la información se agota en sí misma, es tautológica. Solo la información con sentido es conocimiento y solo el conocimiento junto con la percepción de los justos fines de la vida es la sabiduría. Pero la vida no tiene fines, no tiene proyecto. La vida solo es. El sentido de la vida es que no tiene sentido por sí misma y hay que dárselo desde fuera, de manera autónoma, personal, subjetiva, porque quizás la mayor aportación de los griegos fue descubrir que la tragedia es eso, que la vida se acaba. Y como de lo que no tiene remedio no merece la pena que nos preocupemos –al menos eso decía Wittgenstein– hay que vivir la vida siempre hasta agotarla en sí misma, porque vivir pensando en lo que vendrá no es vivir, sino un “sinvivir” estúpido; mientras anhelamos lo imposible, nos privamos de conseguir lo posible.

La juventud es, sobre todo, insensatez, en su sentido etimológico, la falta de buen juicio y de reflexión antes de actuar. No puede ser de otra manera: a esa edad no se posee aún del todo la percepción de que uno tiene que buscar fines y objetivos a su vida, sin los cuales, la vida es, más bien, un acto vegetativo, como sucede en multitud de ocasiones hoy. Por otro lado, como la sabiduría va unida al conocimiento y este a las palabras, solo un léxico abundante permite eliminar esa tortura que significa no tener palabras para expresar los sentimientos abrumadores que nos invaden. Con lo cual tenemos un problema añadido. De la misma manera que sin lenguaje no hay ética, sin una información precisa y coherente, adquirida en el pausado contacto con los libros, es decir, con la sabiduría que los demás han acumulado para nosotros, no podemos ser conscientes de nosotros

mismos y, por tanto, no podemos ser autónomos para entender lo que nos pasa y decidir lo que queremos.

Cada época de la vida posee, además sus propios sentimientos peculiares. Muchos de esos sentimientos producen sorpresa y ansiedad porque nos faltan las palabras para identificarlas. Poner el nombre a un sentimiento desconocido es muchas veces la condición de posibilidad para entenderlo y dominarlo. La angustia se define como la sensación de desazón e intranquilidad ante un peligro cierto o temido; la angustia viene de que esa sensación es incontrolable porque no se debe a un objeto conocido; cuando a esa sensación le ponemos un nombre, es decir, la identificamos, delimitamos y controlamos, la angustia se convierte en miedo, cuyo objeto es ya conocido y por tanto, más manejable. Mientras en la adolescencia el problema era que no teníamos aún las palabras, ahora, por el contrario, ya en la vejez, sí poseemos en nuestro léxico, en el almacén de nuestras palabras, en nuestro “almario”, los instrumentos necesarios para ponerle nombre a esos sentimientos que nos invaden en la vejez, sentimientos muchas veces ominosos, porque van vinculados a la percepción de lo que debió angustiar tanto a los griegos: la inmediatez y caducidad de las cosas.

Sin embargo, como dice Camus, en la juventud hay tres o cuatro experiencias que marcan la vida. Para él, una de ellas fue la lectura de *Las Islas*, de su maestro Jean Grenier, o la descripción que su abuela y su tío hicieron para él la noche en que su padre, que él no conoció, volvió de contemplar la ejecución de un asesino argelino, o el brutal tropiezo con la enfermedad a los diecisiete años. Una de esas experiencias que marcó mi vida y me ayudó para mi aún lejana vejez fue el verano de 1964 que pasé –junto con otros tres compañeros de Colegio Mayor– trabajando en una mina de yeso en el Km. 14 de la carretera de Madrid a Valencia.

La experiencia fue terrible pero ilustrativa en extremo. La mina al aire libre, ya desaparecida, se llamaba, curiosamente, “La Segoviana”. He de confesar con toda honestidad que aquello tuvo trampa: todas las mañanas recorría el kilómetro que había de distancia entre la casa donde dormíamos y la mina diciéndome a mí mismo: ¡hoy es el último día que trabajo! Algo que un obrero no podía decirse a sí mismo porque su vida no tenía salida, pero yo, estudiante, me lo podía permitir. Desde luego era consciente de la trampa que había en ese comentario que me hacía a mí mismo y no podía dejar de sentir vergüenza y culpa y constatar la diferencia entre la pertenencia a una clase por nacimiento y el hacer algo

por *hobby*, aunque fuera un “diletantismo” altruista y algo que luego se reveló decisivo en mi vida.

La dureza era doble: física y psíquica. Dureza física porque a pesar de la fuerza notable de mis 22 años, yo acabada el día doblado. Era caer en la cama por la noche y no dormirme pronto, sino, en verdad, caer inconsciente. La mina era de yeso y el trabajo consistía en picar las rocas de yeso crudo o vivo y desgajar enormes lascas de mineral cristalizado, con unas aristas cortantes como el cristal, porque eso eran, cogerlo con las manos y llevarlo en montones hasta los hornos donde se quemaba para reducirlo después mediante unas tolvas enormes a polvo de yeso que era lo que se metía en sacos para la construcción.

Descubrí, además, algo que había leído en Van der Meersch: la pérdida de sensibilidad en los dedos por los callos que se formaban inmediatamente. Van der Meersch hace un tierno cántico, nada vergonzante, ni vergonzoso, sino profundamente digno, de la necesidad de los obreros de las fábricas belgas de utilizar la lengua como sustituto de los dedos para el lenguaje de las caricias con sus respectivas parejas. Yo, ciertamente, en aquella época, no tenía novia a quien acariciar, pero sí sentí la pérdida de esa sensibilidad, afortunadamente recuperada en unos meses, en cuanto volví al tibio contacto con los libros.

Tras la hora de la comida, a mediodía, el regreso a la realidad por la tarde era feroz, porque si la dureza física era enorme, la dureza psíquica no le iba a la zaga. Allí percibí la inanidad del trabajo rutinario, la ausencia de creatividad, de motivación, de enriquecimiento personal en aquel trabajo mecánico –Charlot en la cadena de montaje de *Tiempo Modernos*– y el embrutecimiento ineludible que proporcionaba aquel trabajo. Y también la estupidez y la falta de espíritu de innovación que originaba un despilfarro de recursos de una memez estruendosa. Tuve clara conciencia de que en aquel ambiente el embrutecimiento solo era cuestión de tiempo. Me hubiera gustado presentar a Carlos Marx a aquellas personas para que comprobara lo que era un obrero con ausencia total de “conciencia de clase” y las dificultades que iba a tener llevar a cabo una revolución proletaria con gente de esa calaña.

Tuve, además, un fracaso sonado: asumí como un reto la tarea de enseñar a leer a través de aquel verano a un compañero de tajo que era analfabeto y tenía 31 años. Para perjuicio suyo, humillación personal mía y herida narcisista, no lo logré.

Aquello significó para mí el descubrimiento de una nueva convicción que ya denunciaba Marx, y que también aprendí: que hacer Filosofía de la miseria es *La miseria de la Filosofía* porque la miseria solo requiere una cosa: su aniquilación. Esa durísima experiencia –que aclaró en extremo mi percepción política– basada en la rutina, el embrutecimiento, o, como dice Marx, la cosificación y alienación del trabajador, la encontraría después confirmada en Camus, cuando afirma que el trabajo así entendido es una maldición, no hay nada de dignidad en él. Junto a eso, la percepción del rutinario y embrutecedor –en otro sentido– trabajo de mi padre, de oficinista durante 36 años de su vida haciendo lo mismo, fueron dos experiencias decisivas en el momento de elegir mi profesión, y, desde luego, indirectamente, cuando preparaba mi jubilación, porque la jubilación hay que prepararla imaginativamente para que no nos pille el toro.

Sin embargo, ahora, cuando nos aborda un sentimiento nuevo, solo tenemos que hurgar un poco, a veces con esfuerzo, porque las palabras –sobre todo, los nombres– se esconden por los rincones de nuestra memoria y hay que pedir en montones de ocasiones un hilo a Ariadna para encontrarlas, pero están ahí y acuden fieles a nombrar las cosas y los sentimientos para tranquilidad nuestra, porque solo angustia lo que se desconoce. En muchas ocasiones, puesto el nombre a ese demonio familiar, su maldad desaparece y se convierte en un enemigo pequeño que podemos ignorar, derrotar o, simplemente dejarle que se diluya en la inocuidad y ausencia de poder mágico de la palabra.

En la vejez vivir es, sobre todo, recordar. Y todos recordamos la turbulencia de nuestra adolescencia y juventud, tan vehementes en la intensidad y veleidad de las emociones como en la profundidad del sueño, ese sueño reparador y único, de descanso infinito, como describe tan nostálgicamente Marguerite Yourcenar en *Memorias de Adriano*; esa sensación inigualable de poderío físico, de anhelo revolucionario, de afán de conseguir lo absoluto, cuando, sin embargo, no teníamos palabras para expresar aquél huracán de emociones porque queríamos hablar con el alma, pero como dice Schiller, si el alma habla, entonces ya no es el alma la que habla, porque entre nuestros sentimientos y su expresión, media el lenguaje, y el lenguaje es, a la vez, instrumento y barrera para nuestra comunicación.

Pero la transformación de aquellas sonoras tormentas de nuestra juventud en las marejadillas pasajeras de nuestra vejez tiene, sin embargo sus ventajas: *Yo me*

siento más joven mentalmente de lo que lo soy por edad. Lo único que me preocupa de la vejez son las enfermedades que puede llevar asociadas. Pero en cuanto a la mente, no me preocupa en absoluto. Si tu actividad es un trabajo intelectual, si los instrumentos que utilizas son instrumentos del cerebro, conforme avanzas en edad te sientes mejor. Las cosas más complicadas las puedes hacer más fácilmente. Hace veinte años, dar una conferencia pública me preocupaba mucho; ahora no me preocupa en absoluto. Ahora es un placer, abro la boca y las ideas salen. Es cierto que antes la planifico cuidadosamente, pero también planificar es mucho más fácil. Y así en todo. Con la edad, uno mejora. Y lo que es interesante es llegar a ese punto en que tienes tanta riqueza de ideas, que el problema es elegir entre las que más te gustan. Cuando veo a una persona de treinta años tan preocupada por su futuro, por decidir qué va a hacer a continuación, me doy cuenta de las ventajas de haber superado ya esa etapa.

No podría haber reflejado más fidedignamente lo que yo siento en estos momentos. Es verdad, me siento así y coincido, por tanto, con el autor de las líneas anteriores, Antonio Damasio (*El País*, 11 de noviembre de 2007).

Cierto. La vieja tortura adolescente de no poseer las palabras necesarias para expresar aquel cúmulo de turbulentas sensaciones, la inexpresabilidad de los sentimientos, se han convertido en el placer de saber transformarlos en las palabras que quiero, que vienen obedientes, pudiendo elegir entre una u otra, y aunque ninguna expresa lo que de verdad quiero, ya importa menos, porque asumo lo de Schiller, y, además, el grado de coincidencia entre lo que quiero expresar y la palabra que acude solícita para que la utilice no es total pero sí suficiente. Un placer de la vejez, gracias al tiempo de que se dispone, es el de escribir, que no es otra cosa que poner fuera de mí lo que encuentro cuando me siento en soledad y vuelvo sobre mí mismo. Mirar dentro de mí, reflexionar, pensar, descubrir y saborear la “vida interior”: un paraíso cada vez menos al alcance de unas masas irreflexivas, externalizadas, “ex-trañadas”, alienadas, “in-humanizadas”.

Siento, al igual que Pamuck, que escribir es el placer de forjar con palabras un mundo nuevo o, al menos, recrear otro ya pasado que se hace nuevo. Es el placer inenarrable de comprobar que las palabras utilizadas describen con notable fidelidad las sensaciones, sentimientos, ideas que rondaban mi corazón o mi cabeza, pugnando por salir de dentro de esa alacena de las palabras que es mi léxico, en lucha con otras palabras que están ahí y quieren también su puesto al sol. Es el

sutil placer de encontrar la palabra precisa que describe una impresión, un deseo, una opinión, una idea, un concepto.

Cuanto más se lee, mayor es el espacio del lector y, por tanto, más amplia es su complejidad intelectual, estética y ética. Eso es la percepción de que la información no vale si no se transforma en una información “con sentido” y eso es el conocimiento, pero ese conocimiento, como personas que somos, siendo válido en sí, se queda incompleto si no adquiere una dimensión nueva, ética y práctica: el fin del conocimiento es lo que le proporciona su “justeza”, su carácter de justo y esa dimensión es ya la sabiduría, la de Sócrates, que decide morir, o la de Antígona, que también, o la de cualquier otro que actúe humanamente, es decir, racionalmente.

A don Quijote, del mucho leer y del poco dormir se le secó el cerebro, es decir, se volvió loco. Hoy sabemos que es al revés: hay que leer porque toda actividad intelectual se lleva a cabo, parece ser, sobre la base bio-físico-química de la “improntación”, impregnación, grabación de nuestras neuronas. De manera que de las 100.000 neuronas diarias que se nos mueren al día, desde los 25 años, las que no se mueren son las que están grabadas, por lo que procede llevar a cabo una electrizante tarea de grabar esas células con todas las actividades intelectuales que se nos ocurran, sobre todo a los ya vamos viniendo a menos. Además, ahora ya afirman que, en contra de lo que se creía hasta hoy, las neuronas se vuelven a “regenerar”, lo cual nos deja mucho más tranquilos respecto al abotargamiento de nuestras preciadas facultades mentales. Así evitamos tener relación con ese señor de apellido alemán que se mete dentro de nuestras mentes y nos borra las palabras y que es el que más nos aterroriza.

En una primera parte de la vida se tiene la necesidad de llenar tu alacena intelectual de lo que otros han dicho para después adobarlo, agitarlo, mezclarlo y devolverlo tú, a tu vez, escrito, para que otros continúen la “ectrónica” tarea de crear. De manera que a partir del momento en que uno comienza a tener más retrospectiva que perspectiva y contemplar la atalaya de la jubilación como una hipótesis plausible o como una realidad instalada sin contemplaciones en tu vida, las ansias de “decir” empiezan a superar a las de “tragar”, pero hasta llegar aquí, uno asiste más como espectador de su propia vida que como actor de la misma. Cualquier relato que narre experiencias personales da prueba fidedigna de ello.

Y en estas estoy, como casi todos mis amigos. En el invierno de la vejez, que diría Gracián. Leí a François Mauriac que un viejo es siempre un Robinson. Supongo que yo también lo soy porque, si todos somos un poco náufragos en la vida, ahora, en el comienzo de la vejez, todavía más; me asusto, además, al ver las huellas de Viernes en la arena, porque sin duda no sé aún que esas huellas son de Viernes y así en tantas cosas... Porque las huellas de Viernes son todas las cosas nuevas que me suceden o sorprenden, o las cosas de siempre que ahora veo de otra manera, con menos tiempo, con menos perspectiva, con más intensidad, con menos fuerza interior y exterior. También dudo si aceptar que la vejez es una carnicería. Pero la imagen que más me viene a la mente es la de Sísifo subiendo con su inútil y pesada piedra la ladera de la montaña; claro que eso no es propio de la vejez, sino la vida humana misma. Así que se confunden plenitud, decadencia, confusión, turbulencia, tranquilidad y paz, armonía y desconcierto. Me siento ciertamente un poco sorprendido de ser eso, viejo, pero así estoy, como Prometeo en la roca Tarpeya, aunque sin haber podido robar el fuego a los dioses.

Cuenta la leyenda griega que la Esfinge dijo a Edipo: se mueve a cuatro patas por la mañana, camina erguido al mediodía y utiliza tres pies al atardecer ¿Qué cosa es? Y Edipo respondió: el hombre. Efectivamente, ya estoy en la edad de andar con tres pies. Dice Louis-Ferdinand Céline en el *Viaje al fondo de la noche* que *cuando uno no tiene imaginación, la muerte es poca cosa; cuando uno la tiene, la muerte es demasiado*. La vejez me ha puesto, por primera vez, frente a una imagen que nunca se me había presentado: ¿cómo será mi propia muerte? Intento poner en práctica el prudente aforismo: si algo no lo puedes evitar, no merece la pena preocuparse por ello. La muerte es la más radical de todas estas cosas que pueden suceder; por eso intento no preocuparme, aunque no siempre lo logro; en ese momento solo deseo que sea un instante breve e indoloro, y si no fuera así, al menos quiero tener la información suficiente y la capacidad de decidir mi propio destino de forma absoluta; en mi cuerpo mando yo y lo mismo que una vida sin reflexión no es vida para un hombre, como aseguraba Platón, una vida sin dignidad tampoco lo es. Aunque también viene en mi ayuda Epicuro con su *Carta a Meneceo*, donde dice que cuando la muerte está yo no estoy y cuando yo estoy, ella no está, porque solo nos vemos un momento, parece ser, en el momento del tránsito.

Mientras eso llega, lo bueno es que no sé cuándo, al escribir estas líneas me siento cargado con un cúmulo de sensaciones que lejos de ser una pesada carga justifican (*iustum facere*) mi vida y la aligeran del pesado fardo que debemos llevar a costas. Una de las más gratas sensaciones es comprobar lo importantes que han sido mis amigos en mi vida. Además, ahora ya jubilado hace más de seis años, lo primero que debo decir es que sigo sintiendo una gran seguridad social porque todavía tengo Seguridad Social. Suerte que he pillado las migajas de este Estado de Bienestar tan denostado por los “neocons” y los ultraliberales, filisteos de la cultura entregados estúpida y ciegamente a la barbarie del mercado, pero esas migajas son las que definen aún a Europa y la elevan, en mi opinión, sobre otros países y continentes. Decía Nietzsche que el hombre que no dispone para sí de un tercio del día no es un hombre sino un esclavo. En la vejez, la suerte es que tenemos todo el día para nosotros, salvo cuando te convierten en guardián de los nietos o te encargan las gestiones que el resto de tu familia no puede hacer porque aún trabajan (cuando tienen trabajo).

Siempre he pretendido –y logrado– cambiar el menor tiempo posible por dinero. Teniendo lo suficiente para vivir y algo más, me ha parecido siempre ridículo cambiar lo más valioso que tengo, mi tiempo, por algo que no me podía dar más de lo que ya tenía y cuyo último objetivo hubiera sido “estar acumulado”, no sé con qué fin, pues a la tumba no me lo podría llevar y a mi hija le he dejado lo más que le puedo dejar: los instrumentos para que sea autónoma en la vida.

Por otro lado, ya decía Gide en *Los alimentos terrenales: porque de lo que nos privemos hoy, me leían en el Evangelio, se nos devolverá más tarde centuplicado... ¡Ah!, ¿qué podría hacer con más bienes de los que mi deseo puede aprehender?, porque he conocido ya voluptuosidades tan intensas, que un poco más y no hubiera podido saborearlas.*

Tardo mucho más en contar el número de mis amigos que mi dinero, y eso me hace sentir orgulloso y digno. Además no puedo llevar nada a la tumba porque no voy a tener de eso. Ya he dicho que quiero evitar la posibilidad de la resurrección, por si acaso, por eso, “cuando termine la muerte, si dicen a levantarse, ¡a mí que no me despierten!”. Por otro lado, mis sentimientos son encontrados: he aprendido a hacer algo que hasta ahora no había hecho: no hacer nada. Me esfuerzo con decisión y alevosía y tengo recompensas: poder

escribir lo que hasta ahora no había tenido tiempo de hacer, ver esas películas voluntariosamente grabadas durante años para cuando llegara el momento de tener tiempo libre para verlas... Lo que pasa es que el momento ha llegado, pero prefiero escribir y leer a ver películas. He vuelto a un ritmo, una intensidad y un sentimiento de placer con la lectura que me hace caer en la cuenta de que todo el tiempo que dedicaba a estudiar Filosofía para saber más y, de paso, modificar mis clases, ahora lo dedico a la lectura y la escritura. ¡Escribir para leer!, ¡Leer para escribir!, y un corolario: la satisfacción y el placer. Y un corolario más: cuanto más leo, más quiero leer y cuanto más leo, más quiero escribir. Es otra vez un momento adecuado para rellenar huecos, pero sobre todo, para la grata relectura. Además, nunca sabré si es más verdad el “leer para vivir” de Flaubert o el vivir para poder leer.

En la medida en que voy siendo mayor y, como Sócrates, sabiendo más, a la vez tengo mayor conciencia de lo que ignoro. Es una de las muchas paradojas que adornan nuestra vida: la condición para ser sabio es reconocerse ignorante, pero el que se reconoce ignorante ha dado ya el primer paso hacia la sabiduría, aunque, por otro lado, la consecuencia lógica es que la sabiduría es como el horizonte: se aleja en la medida en que te vas aproximando; es decir, eres tanto más sabio cuanto más lejos estás de la sabiduría. De la mayor o menor sabiduría acumulada tras largos años de estudio, lectura, esfuerzo, reflexión, acción, surge una cierta intuición pesimista: y todo esto, ¿para qué? ¿No es esto otra vez, como siempre, la roca de Sísifo, la tela de Penélope, Prometeo atado a la roca Tarpeya...? ¡Solo el hombre otra vez!, como Flaubert, sin más esperanza que la que es capaz de proporcionarse él a sí mismo.

Tengo la sensación de que el tiempo de aprender se va haciendo más escaso y me invade la actitud de recordar, repasar, revivir, recordar... y contar. Queda la única justificación de que no podía haber hecho otra cosa, pero, además, he sentido el placer de aprender, el gozo de leer, la atracción por sentarme delante de un trozo de papel garabateado donde se ha plasmado la sabiduría de otros y la he subsumido, asumido, asimilado, disfrutado, grabado, como ellos hicieron a su vez, porque los libros se hablan entre ellos tomándonos como excusa.

Ahora, en la vejez, hay cosas muy distintas en mi vida. Ya no tengo a mis alumnos como una referencia básica de lo que estudio, leo, pienso, interpreto.

La escritura cubre de lleno el lugar de las clases, de las que guardo un imborrable recuerdo. ¡He disfrutado tanto...! Mi referencia ha cambiado: ahora soy yo, mi mundo interno, mi historia, la trayectoria que he seguido y la situación en la que estoy, ya con más retrospectiva que perspectiva. Trabajar internamente con esos nuevos sentimientos que embargan a todo jubilado, manejar el hecho del transcurso inexorable del tiempo, asumir y tolerar con dignidad la entropía física, recorrer con lentitud y gozo las amuebladas estancias de mi cerebro y de mi espíritu, encontrando en su sitio, con satisfacción, lo que durante tantos años he ido depositando en ellos con paciencia y minuciosidad, buscar dulce refugio en los recuerdos...

No hay nada de melancolía ni de añoranza en ello, aunque sí algo de nostalgia, pero melancolía, añoranza y nostalgia son muy diferentes; la melancolía es la frustración que sigue al esfuerzo inútil; la añoranza es el deseo de que las cosas vuelvan: algo imposible. La nostalgia me parece el sentimiento más auténtico: es la aceptación del pasado en cuanto pasado con el recuerdo grato e imborrable de lo vivido, pero sentirse uno a uno mismo, eso que antes he llamado "vida interior" y ahora prácticamente nadie la cultiva ni la menciona, ya es un placer en sí mismo.

Y siento un placer especial en fundir, junto al amor por Ainhoa y Rodrigo, mis nietos, el placer de ir destilando para ellos la experiencia acumulada por mí, dosificada según me dictan el sentido común y su capacidad de asimilación, siempre con la sensación ansiosa de que debo proporcionarles en lo posible elementos de juicio, de crítica, de cultura, de amor, que les permitan manejar con eficacia y eficiencia las circunstancias duras que les tocará vivir.

Como he dicho antes, ahora ya sé por qué decía Sócrates "solo sé que no sé nada": porque cuanto más voy sabiendo con los años, más se me abre la perspectiva de lo que ignoro. Es otra más de las paradojas que nos es dado vivir y que nuestra lengua nos permite: con la lengua puedo maldecir, pero también bendecir. Saber más, ser más sabio, es la condición para incrementar la propia ignorancia; saberse ignorante es la condición para entrar en el gremio de los sabios.

Uno de los cronistas de Abderramán III dice que dejó escrito al morir: *He reinado cincuenta años, y mi reinado ha sido siempre pacífico o victorioso. Amado de mis pueblos, respetado de los príncipes más poderosos de la Tierra, he tenido cuanto*

podiera desear: poder, honores, riquezas y placeres; pero he contado escrupulosamente los días que he gustado de una felicidad sin amargura, y sólo he tenido catorce en mi larga vida.

Así que, descontado el dolor y el tiempo inevitable y estúpidamente ocupado en afeitarte, lavarte, etc., queda poco, pero ese “resto no es silencio”, al contrario de lo que decía Hamlet; ese resto constituye el poco de felicidad al que podemos aspirar. Es bastante, es suficiente, aunque no tanto como para osar volver a vivir otra vez.

La madurez, la agilidad mental, se contraponen con la paulatina y ostensible debilidad física, pero también con una sorprendente debilidad psíquica: la proclividad a la lágrima, a la miserable autocompasión, son deplorables. Si hubiera nacido y vivido en el siglo XIX probablemente habría sido liberal, pero ser liberal en el siglo XXI, sobre todo en su lamentable versión “neocon” es triste y canalla. Dice Coetzee que *mi madre me enseñó que el mercado es una oscura y siniestra máquina que trituraba y devoraba cien destinos por cada individuo afortunado al que recompensaba.*

También dice Coetzee que *Ninguna otra manera más que la muerte es un indicador y tal vez incluso una definición de la tragedia.* Nos ha sido dado ser actores de una burda representación, parodia de no se sabe qué, insólita metáfora sin referente, para lo que no nos han pedido permiso y sobre la que no tenemos ninguna capacidad de maniobra, salvo para abreviar el drama, y aun para ello se necesita mucho valor o mucha exasperación y no menos fuerza para luchar contra los miserables que se arrojan la potestad sobre tu vida y tu cuerpo en nombre de un Dios que si pudiera hablar y actuar no dejaría de dar latigazos a esos mercaderes para echarlos de su templo. Aunque a lo peor, tras su primera experiencia terrena en que tuvo que emprenderla a latigazos, ha decidido morir como decían Nietzsche y Renard.

Es posible que ese sea el sentido de las palabras de Antígona, la noche antes de su ejecución: Frente a su anterior convicción de que “por encima de las leyes de la ciudad, el mandato eterno de los dioses me obliga a enterrar a mi hermano”, exclama: ¡Ahora comprendo lo sencillo que era haber vivido! Es la perpetua confrontación: ser un ignorante feliz o un lúcido angustiado. La escala infinitesimal entre ambos extremos marca el ámbito de la libertad que somos capaces de po-

seer. No hay una Ítaca que nos espere, no somos Ulises; y, sin embargo, haríamos bien en hacer caso a Kavafis, porque

... Ítaca te regaló un hermoso viaje.
Sin ella el camino no hubieras emprendido.
Mas ninguna otra cosa puede darte.
Aunque pobre la encuentres, Ítaca no te engañó.
Rico en saber y en vida, como has vuelto,
Comprendes ya qué significan las Ítacas.

Quiero ir terminando con las mismas líneas con que terminé el primer libro que escribí tras mi jubilación, ya hace más de seis años, y con su mismo título, porque otra vez, como al principio, al igual que a Antoine Doinel, el protagonista de *Los cuatrocientos golpes*, cuando llega por primera vez a la orilla de ese mar símbolo de su libertad, lejos de sentir que esto acaba, a pesar de que ya anochece, un panorama nuevo, ilimitado –con un fin cada vez más cercano ya, pero indeterminado–, oceánico, se abre ante mí, y debo decir, como todos los días: *nunc coepi*, ahora empiezo, porque es verdad: Anochece, pero ¡aun no he leído todos los libros!¹

Bibliografía desde 2008

Libros:

- *Anochece y aún no he leído todos los libros*, Europa Viva, Madrid, 2008
- *La reforma de las Enseñanzas Medias: 1983-1986*, en colaboración, Editorial Escuela, Madrid, 2010.
- *Filosofía para pensar por la calle. La Filosofía que nunca me enseñaron*, Visión Libros, Madrid, 2011.
- *Albert Camus, cien años de honradez desesperada*. (En prensa).

¹ Una versión más ampliada de estas líneas la puedes encontrar en <http://www.pesesegovia.es>

Artículos:

- “La participación en la ciudad global”, *Paideia*, número 94, mayo-agosto 2012.
- “En el centenario de Albert Camus: las razones de un testimonio y un homenaje”, *Paideia*, número 96, enero-abril, 2013.
- “Sobre si la ciudad puede ser hoy prenda de felicidad para el ciudadano” (edición digital), *Territorio racional y sostenible*, Departamento de Geografía Humana, Universidad Autónoma de Madrid, 2013.

Breve nota biográfica

El autor fue Director General de Enseñanzas Medias y de Promoción Educativa (1982-1988).

Es Catedrático de Filosofía de Bachillerato jubilado (2007) y se le concedió la Gran Cruz de Alfonso X El Sabio en 2007.

En 2009 impartió en la UMER el curso monográfico “Historia de la Ciencia en Europa”.

CUADERNOS DE U.M.E.R.

Nos. 1 al 50 agotados. Pueden consultarse en la página web www.umer.es

Nº 51: "Medios de comunicación. La vida como espectáculo". Luis Matilla

Nº 52: "El dos y el tres de mayo". Cristina del Moral

Nº 53: "Aproximación a la independencia iberoamericana en el bicentenario de su inicio". M^a Jesús García-Arévalo Calero

Nº 54: "El cine cómico español en la primera mitad de los años cincuenta". María de los Ángeles Rodríguez Sánchez

Nº 55: "Inmigración y Derechos Humanos". Augusto Klappenbach

Nº 56: "El tiempo y la huella de Larra (1809-1837)". Feliciano Páez-Camino

Nº 57: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca" UMER (2004-2009).

Nº 58: "La educación en España en el primer tercio del siglo XX: la situación del analfabetismo y la escolarización". Alfredo Liébana Collado

Nº 59: "La ONU: una visión desde dentro". Francisco Acebes del Río

Nº 60: "La Capilla del Obispo (de Nuestra Señora y San Juan de Letrán)". Emilio Guerra Chavarino, Investigador; Rosario Zapata, Transcritora

Nº 61: "Barrio de Maravillas, de Rosa Chacel". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 62: "Breve historia de la Estadística y el Azar". Benita Compostela Muñiz.

Nº 63: "Miguel Hernández (1910-1942), *en el sabor del tiempo*". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 64: "Los retos de la educación para la ciudadanía". Luis María Cifuentes.

Nº 65: "Las mujeres en la Ciencia". Antonio C. Colino.

Nº 66: "Miguel Hernández. Con tres heridas: la de la muerte, la del amor, la de la vida". María Jesús Garrido.

Nº 67: "El Banco de España: funciones e historia". Enrique Ortiz Alvarado.

Nº 68: "Carmen de Burgos: La voz de los sin voz". Carmen Mejías.

Nº 69: "Del *Cantar* del Cid a Cernuda: El destierro en la poesía española". Feliciano Páez-Camino.

Nº 70: "El conflicto árabe-israelita: génesis y nudo". Francisco Acebes del Río.

Nº 71: "Filosofía de la risa". Augusto Klappenbach.

Nº 72: "Hipoteca inversa". Antonio Martínez Maroto.

Nº 73: "Muchachas que trabajan". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 74: "Antonio Machado: Soñando caminos". María Jesús Garrido Calvillo.

Nº 75: "Sobre la historia del teatro musical español: la zarzuela y sus alrededores". Juan Carlos Talavera.

Nº 76: "La historia en la obra de Manuel Azaña". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 77: "Machado, Lorca y Hernández. Los poetas de la guerra". Víctor Agramunt Oliver.

Nº 78: "Envejecimiento activo y participación". Loles Díaz Aledo.

Nº 79: "La Constante: mina de leyenda en Hiedelaeñcina". Ana Parra y Gloria Viejo

Nº 80: "Españoles en Argelia: conquistas, migraciones, exilios". Feliciano Páez-Camino

Nº 81: "Vejez y sabiduría". José Segovia Pérez